

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. fms.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL EXTERIOR

TRANSITO DE PUERTO.



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DOSDE

EN

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUUELTO SE VENDR

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

LOS DEFENSORES DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Cuando hace poco mas de un año la parte mejor organizada y armada del ejército por antífrasis llamado *libertador*, que habia llegado á su apogeo, atacó á las Tunas, poblacion defendida solo por doscientos hombres enfermos y mal alimentados, se recordará que llegó como providencialmente el refuerzo de otros doscientos hombres, sin el cual hubiera sido punto menos que imposible sostener aquella plaza.

¿Y saben nuestros apreciables lectores cuanto para la buena causa valió políticamente el sostenimiento de las Tunas? Hable por nosotros el general Grant, presidente de los Estados-Unidos, cuyo último mensaje tanto desconcertó los planes de los laborantes y simpatizadores, á los cuales hizo comprender que ningún gobierno, propiamente dicho, podia reconocer la beligerancia de unos facciosos que no habian logrado poseer una sola poblacion importante de la isla. Fué, pues, de inmensa trascendencia política la victoria que nuestros soldados alcanzaron en las Tunas, por cuanto destruyó el fundamento principal que podian

GALERIA DEL MORO MUZA.



SR. CORONEL D. FRANCISCO MENDEZ BENEGASSI.

tener los laborantes para solicitar de los gobiernos de países respetables el reconocimiento de beligerancia, por que han hecho tan inútiles como costosos sacrificios.

Pero aquella victoria, que con placer recordaremos siempre, tuvo un efecto militar aun mas importante que el político, pues hizo ver que cuatrocientos hombres enflaquecidos por el hambre y las dolencias físicas bastaban para resistir y derrotar á ocho mil de nuestros mas potentes enemigos, mandados por su general en jefe, y á la vista del mismo titulado Presidente de la República. Desde aquel gloriosísimo hecho de armas empezó á decaer la faccion que hoy vemos reducida al estado de espirante bandolerismo, y por eso creemos que, considerando la doble importancia política y militar de la defensa de Las Tunas, todo buen español conservará siempre vivo el recuerdo de aquel glorioso hecho de armas.

Ahora bien: ¿quiénes fueron los jefes de aquellos bravos que prestaron á la Pátria tan señalado servicio? El uno, el que mandaba en la plaza, cuando esta se vió repentinamente embestida, era el bizarro comandante Sr. Bouiche, cuyo retrato, aun no conocido del públi-

co, daremos á luz dentro de pocos dias; el otro, el que llegó con el oportuno refuerzo á decidir en nuestro favor la victoria, fué nuestro estimado amigo el Sr. Coronel Benegassi, ese valiente militar que antes y después de aquel hecho, tanto y con tan buen fruto ha trabajado por la patria, hasta perder la salud, que deseamos logre restablecer pronto en la Península para donde partió en el último vapor-correo.

Tal es ese digno y modesto jefe, cuyo retrato aparece hoy en nuestra galería, y razon tenemos para calificarle de modesto los que con gran dificultad hemos conseguido que se hiciera una fotografía, de la cual nuestro concienzudo artista, el Sr. Gomez, ha sacado el magnífico retrato que hoy damos á nuestros favorecedores.

POR LA FELICIDAD DE LA FRANCIA.

Era de noche, y.....! pues! los serenos de Paris, si Paris hubiera entonces tenido serenos, habrían podido lucir sus pulmones, repitiendo este horriblemente sarcástico pregon con que termina un acto del drama titulado *Margarita de Borgoña*: «Paris está tranquilo! ¡Dormid en paz!»

Por que Paris, esto es, el pueblo de la capital de Francia, estaba, no solo tranquilo, sino durmiendo á pierna suelta, bien seguro de que el orden público no podia ser alterado por nada ni por nadie. Sin embargo, mientras el pueblo dormía, varias personas estaban despiertas y se preparaban á darle un terrible susto.

¡Ay! ¿Qué hacía el poder ejecutivo, que no velaba por el reposo de aquel pueblo que, depositando en él su confianza, le había dado centenares de cañones, cien mil soldados, mucho dinero y una numerosa policía, es decir, todos los recursos necesarios para desbaratar instantáneamente cualquiera tentativa de trastorno? ¿Qué! ¿No contaba el poder ejecutivo con esos grandes elementos de orden para mantener este? ¿Por qué no hacía uso de ellos?

El último cargo es injusto. El poder ejecutivo no estaba ocioso, y tampoco lo estaban los elementos de orden que á su disposición tenía. Sucedia lo contrario. El poder ejecutivo estaba empleando con actividad asombrosa los elementos de orden de que podía disponer, solo que, en lugar de emplearlos en la represión del desorden, los empleaba en el trastorno del orden; porque, entonces, el anarquista, el trastornador, el faccioso, el infractor de las leyes, era el mismo poder ejecutivo.

Este, después de dar un asalto al Banco de Francia, de donde á viva fuerza sacó veinticinco millones de francos, para emplearlos en el derribo de la ley fundamental, mandó á la policía prender, no á los malhechores, sino á los legisladores del país, y puso sus soldados y sus cañones en las calles, con la orden expresa de arrojar todo género de proyectiles sobre cualquiera que se moviese; lo que se cumplió tan al pie de la letra, que hasta dos mil pacíficos transeúntes, de am-

bos sexos y de diversas edades, pagaron en los bulevares con la vida el delito de haber salido de sus casas, para ver lo que sucedía ó para desempeñar sus respectivas ocupaciones.

Tal fué el Golpe de Estado de la noche del 19 al 20 día de Diciembre de 1851, y véase si los serenos del siglo XIX hubieran podido repetir con ventaja esta sangrienta ironía de los serenos del siglo XIV: «¡Paris está tranquilo! ¡Dormid en paz!»

¿Quién había de chistar, viendo lo que pasaba, y sabiendo lo que durante la noche había pasado? ¿Quién? Hay gente para todo, y no faltó quien chistase. Los legisladores que no habían sido apresados, se dirigieron al palacio de la Asamblea, dispuestos á cumplir con su deber de representantes de la nación; pero allí fueron arrestados. El Supremo Tribunal de Justicia se reunió al momento y declaró reo de alta traición al jefe del Poder ejecutivo; pero..... también fué arrestado el señor Tribunal Supremo de Justicia. Algunos ciudadanos dieron gritos en las calles, no en contra, si no en pró de la Constitución del Estado; pero con la vida pagaron su amor á la legalidad, y además, como antes he dicho, hasta dos mil personas grandes y chicas, hombres y mujeres, que no pensaban en gritar, murieron en los bulevares para escarmiento de los que guardasen silencio.

Quedó, pues, consumado el hecho, y como al dios Exito nunca le faltan ardientes adoradores, en seguida se vió á muchas personas aplaudir á Luis Bonaparte diciendo:

¡Viva el hombre que tanto ha hecho por la felicidad de la Francia!!

—¿Cómo! preguntaban las personas de juicio: ese hombre que, para mejorar de posición acaba de violar un solemne juramento, al violar la Constitución del país, ¿ha pensado en la felicidad de Francia mas que en la suya propia?

—Sí, señor, contestaba la gente que no veía mas allá de sus narices, y con llamar anarquista al que dijese lo contrario, dejaba sin réplica la proposición de que Luis Bonaparte, al emplear en provecho propio los elementos que se le habían confiado para el mantenimiento del orden; al tomar para sí solo un poder que anulase la voluntad de la nación, pudiendo abusar de ese poder como mas tarde abusó para meter al país en guerras injustas y disparatadas, que habían de dar por resultado el desprestigio de las armas francesas, el aumento anual de mil quinientos millones de francos de deuda, la bancarota, quizá, y la desmembración del territorio; al hacer todo esto, por convertirse en monarca y ver si podía legar su omnímodo poder á sus descendientes, no pensaba en su persona ni en su familia, pues todo lo hacía..... por la felicidad de la Francia.

Efectivamente, se apeló á las urnas, y las urnas que, cuando no se las respeta, suelen proclamar el derecho del mas fuerte, dijeron por millones de votos que todo lo que hizo Luis Bonaparte en el día 2 de Diciembre, lo había hecho..... por la felicidad de la Francia.

—Pues, señor, dijo entonces Luis Bonaparte, acabemos de hacer la felicidad de la Francia: venga el imperio, con la facultad de legársele á quien se me antoje; convenga ó deje de convenir, guste ó disguste á la nación, y con cincuenta ó sesenta millones de francos anuales de asignación para mí y para mis parientes.

Y mas de siete millones de votos contestaron: «tomad el imperio, con todo lo que pedís de añadidura, que bien ingratos serian los franceses si contrariasen los deseos de quien tanto se sacrifica..... por la felicidad de la Francia.»

Tomó Napoleon lo que los franceses le daban con buena voluntad, y lo que también habría tomado aunque nadie se lo diese, y empezó á poner en práctica el programa de la paz que había servido de base á la proclamación del imperio, envolviendo ese pacífico programa cuatro guerras costosas y de resultados contraproducentes para sus fines dinásticos; bien que él no hizo tales guerras porque á sus fines conviniesen, sino..... por la felicidad de la Francia.

La primera guerra tuvo por objeto mermar el imperio ruso, y ese imperio es hoy mas fuerte que antes de aquella guerra en que murieron doscientos mil franceses.

La segunda guerra se llevó á cabo para realizar la independencia italiana desde los Alpes al Adriático, y hacer á los italianos eternamente amigos de los franceses, y la independencia de Italia se quedó por entonces á la mitad del camino, y los italianos, de amigos que antes eran de los franceses, pasaron á ser encarnizados enemigos.

La tercera guerra se decretó para que Méjico pagase un millón de francos que debía, y para que admitiese y respetase como emperador al archiduque Maximiliano; y este príncipe fué fusilado, y la república mejicana, en lugar de pagar un millón, hizo gastar á los franceses mil millones de francos.

La cuarta guerra se emprendió para probar al rey Guillermo de Prusia, que si él había vencido á los austriacos en Sadowa, los franceses entrarían el 15 de Agosto en Berlin, después de haber batido y humillado á los ejércitos alemanes, y á la hora en que escribo estas líneas, no solo ha caído el imperio, sino que quizá esté el rey Guillermo en Paris dictando durísimas condiciones de paz, que destino parece del cesarismo francés el hacer la felicidad de la Francia..... entregando su capital á los prusianos vencedores.

¿Cómo, pues, la Francia se postró ciegamente ante un hombre que solo tenía la recomendación de llevar un apellido ilustre, distando mucho ese apellido de despertar recuerdos satisfactorios respecto á la dignidad, á la observancia de las leyes y á los límites de las fronteras de esa misma Francia?

Question es esta que dará materia para otro artículo. Por ahora diré, que la Francia, es decir, el vulgo que formó mayoría, teniendo la demagogia, que por cierto no existía ya cuando se dió el Golpe de Estado del 2 de Diciembre, acreditó la verdad de

esta sentencia de Horacio: *Dum, vivant stulti vitia in contraria currant*; apotegma que alcanzará siempre á los hombres de ideas exageradas; pues, en efecto, es frecuente el ver á los unos irse á la anarquía, por miedo al despotismo, mientras los otros se van al despotismo, por miedo á la anarquía, no viendo que lo uno conduce infaliblemente á lo otro. Lo prudente, lo sensato, lo racional en política, es tomar por divisa las palabras que Ovidio puso en boca del Sol, cuando este aconsejaba á Faetonte que no sabiese con su carro lo bastante para incendiar el cielo, ni bajase tanto que fuese á abrasar la tierra: «*Inter utrumque tene, medio tibi sumus ibis*,» le dijo: «permanece en un término medio y así estarás seguro.»

Si los franceses hubieran tenido esto presente, no habrían llegado á la aflictiva situación en que, por el exceso del poder, los ha puesto el hombre que, según ellos, cuando se declaraba punto menos que señor de vidas y haciendas, hacia un gran sacrificio..... por la felicidad de la Francia.

EL MORO MUZA.

LA COLA DEL DIABLO.

Con algun fundamento, querido lector, te habrás figurado que se trata de hacer un juicio de la bonita zarzuela que con ese nombre se conoce, y debo advertirte que no es tal mi intención.—¿Se trata entonces, dirás tú, de las dimensiones ó calidad de la cola de Satanás?—Tampoco.—Se trata de otro diablo, porque así como los grandes astrónomos descubren á menudo fenómenos en la esfera celeste, he descubierto yo tambien un diablo nuevo, un diablo extraño, un diablo que está llevado del mismo diablo. Raro ha de parecerse el descubrimiento; pero yo aseguro que al fin en que convendrías conmigo es un descubrimiento verdadero.

A mí me ha parecido que el nombre de *diablo* viene como de molde á la Junta Cubana, mejor que otro cualquiera; y suponiendo que tú hayas visto muchos diablos, que si los habrás visto, te apuesto doble contra sencillo á que no has observado, ni en diablo ni en cometa, una cola tan grande como la *cola del diablo* en cuestion. Baste decirte que nace en Nueva-York, y se extiende por casi toda la América y la Europa; pero sin acercarse á las márgenes del Rhin, porque tiene mucha..... vergüenza; como los incendiarios de Céspedes la tienen de acercarse á los soldados españoles..... ¡Están tan mal vestidos....!

Registra bien la Mitología, y dudo que halles en toda ella otra curiosidad mas extraña.

La *cola del diablo* de Nueva-York tiene la propiedad de hablar, aunque mintiendo siempre, y la de oler, pues, á semejanza del cuervo, huele la pólvora y se mantiene á gran distancia de ella. Los otros sentidos le están negados; á lo menos así está demostrándolo todos los días. Es, sin mas preámbulos, una *cola* formada de hombres, digo, de *laborantes* y aprendices de *laborantes*, ajenos á todo sentimiento noble; de entes que siguen el cami-

no que se les marca, sin que se alcance á comprender cual será el término; de gentes sin opinion fija, como los asesinos que se andan en Cayo-Hueso, y quienes torcerian el rumbo si alguien les ofreciera poco mas de lo que les dan hoy aquellos que los tienen á su servicio: culebras, en fin, que se arrastran á los pies de aquel de quien piensan ser favorecidos, y siguen á su señor solo por el interes de una insula, no por cariño hacia su persona. A nadie como á estos vendria tan bien lo que Tiberio dijo á un criado que se humilló hasta regar la tierra por donde él pasaba: «Oye, ven acá. No es cosa lo que hiciste y has trabajado en vano: mas caras que eso vendo yo las bofetadas.»

Otro tanto, y algo mas, merecian estos; pero dejemos á un lado el merecido que, por tan sabido se debe callar, y tratemos de pasar á Méjico de un salto. Espero que no pondrás resistencia, porque serás naturalmente curioso, y haces bien; pues, según Voltaire, «la curiosidad es indispensable en la naturaleza humana, tanto que sin ella vivirian los hombres encenagados en la mas ignominiosa ignorancia.»—¿Estás decidido? Pues bien, suponte que ya estamos allá. ¿Conoces á ese mentecato que vés en forma de hombre? Pues ese es Alfredo Torroella, parte muy interesante de la *cola del diablo*; el traidor por excelencia, el Homero de los facinerosos; ¡tal para cual! Espera y oye bien, que voy á dirigirle la palabra.

¿Te acuerdas Alfredo, de la para tí célebre noche en que saliste en el teatro de Tacorí á leer una poesía que, por lo mismo que era obra tuya, nadie quiso escucharla? Te acuerdas de la horrorosa silba que te regaló el público? Si, te acordarás, porque para eso tienes el derecho de decir que no la ha recibido mas cumplida ni mas tremenda el cople-ro mas rebajado. «Salud pueblo, salud.....» fueron tus primeras palabras y, á la verdad, que nadie ha pensado averiguar lo que tú no determinaste; es decir, si pedias la salud, ó si la ofrecias. Si lo primero, ya viste cuan atento estuvo todo el mundo para alegrarte y complacerte por medio de risas y silbidos. Si lo segundo, hiciste muy mal, porque debiste haber comprendido que el pueblo español no quiere ni la salud de los que son traidores á la patria. Dicen que mata el placer algunas veces, y yo digo que tambien mata la salud (según de donde venga), y si viene de tí, estoy en que ha de matar repentinamente. No parece posible que haya salud envenenada, y sin embargo, debe estarlo la tuya.

Acuérdate tambien de tu chasqueado beneficio, con cuyo producto pensabas pasar á la *Península á perfeccionar tus estudios*. Como ahora, eras entonces traidor á España, á esa España cuyas glorias has ensalzado mas de cuatro veces. Como ahora se sabe, tambien se sabia entonces que ocultabas bajo una hipócrita careta tus negros sentimientos.

Y bien; siendo esto así, ¿cómo llegaste, insensato, á soñar con la proteccion de los españoles? España no enseña á sus hijos á ser protectores de la ingratitud.

Y ahora, amigo lector, que ya tienes una pequeña idea de lo que es *La cola del diablo*, volvamos á la Habana, y esperemos allí á que ese asqueroso fenómeno se ostente en un tablado tan alto como debe ser aquel donde se exhiben ó mueren los traidores.

CECILIO VEGA.

EN UN ALBUM.

¡VIVA LA REINA VICTORIA!

Yo no sé lo que me pasa,
Desde aquel día feliz
En que cometí el deslíz
De presentarme en tu casa.
Es mucho cuento, señor,
Mas á explicarme no atino
Por qué al ver tu peregrino
Rostro perdí el buen humor.
Apenas duermo ni como,
Ni bebo, ni me divierto,
Y lo cierto es, y muy cierto,
Que parezco un Ecce-Homo.
Clavada entre ceja y ceja
Tengo tu imagen hermosa.
Que ora fiera ó cariñosa
Mi pecho acaricia ó veja.
Por mas que huírte deseo,
Y aunque los párpados cierre,
Tu recuerdo erre que erre.....
En todas partes te veo.
Mas si el alma con placer
Se rinde á su dulce magia,
Que todos los goces plágia
Que en el cielo debe haber;
La cabeza, que no gusta,
(Y ¿quién su gusto no alaba?)
De ser una pobre esclava
Ni aun de reina tan augusta;
Cuando aquella, placentera,
Grita, teniéndolo á gloria,
—¡Viva la reina Victoria!—
Esta dice al punto:—¡fuera!—
De modo que no hay un día
En que las varias tendencias
De estas dos grandes potencias
No me roben la alegría.
¿Cómo luchan, vive Dios!
¿Y qué recursos despliegan,
¿Y á qué desmanes se entregan!
¿Y cual se tratan las dos!
¡Ah! de vergüenza me tapo
La cara, cuando la lengua
Sueltan mutuamente ¡oh! mengua!
Y se ponen como un trapo.
¿Quién lleva la mejor parte
En esta soberbia lucha?
¿Cual de las dos es mas trucha?
¿Cuál sabe mostrar mas arte?
¿Echará fuertes raíces,
Victoria, tu dinastía,
Y só su férula pía
Gozaré yo horas felices?
O mas potente la audacia
De la cabeza y su encono
¿Dará al traste con tu trono,
Venciendo la democracia?
Mi voluntad, que no es boba,
Y se mantuvo neutra!
En esa cuestion fatal
Que el jugo á mis carnes roba,
Parece que ya, cansada
De verme sufrir, se apresta
A tomar cartas en esta
Lucha atroz y encarnizada.
Y se inclina, si, no hay duda;
De gozo pierdo la calma,
Al gran partido del alma
Que con tu nombre se escuda.
¿Que viva mi reina! grita,
Acallando en su fiera
El grito de la cabeza
Que ya de miedo tira.
Y ¡zis, zas! en un instante
Vence á las contrarias huestes,
Que mueren echando pestes
Bajo su poder gigante.
De ella es al fin toda gloria,
Y la cabeza humillada,
Vé cual grita el alma airada
—¡Viva la reina Victoria!—

ALI-ALÁ.



Rumba vascongada.



El mejor adorno de la fiesta.



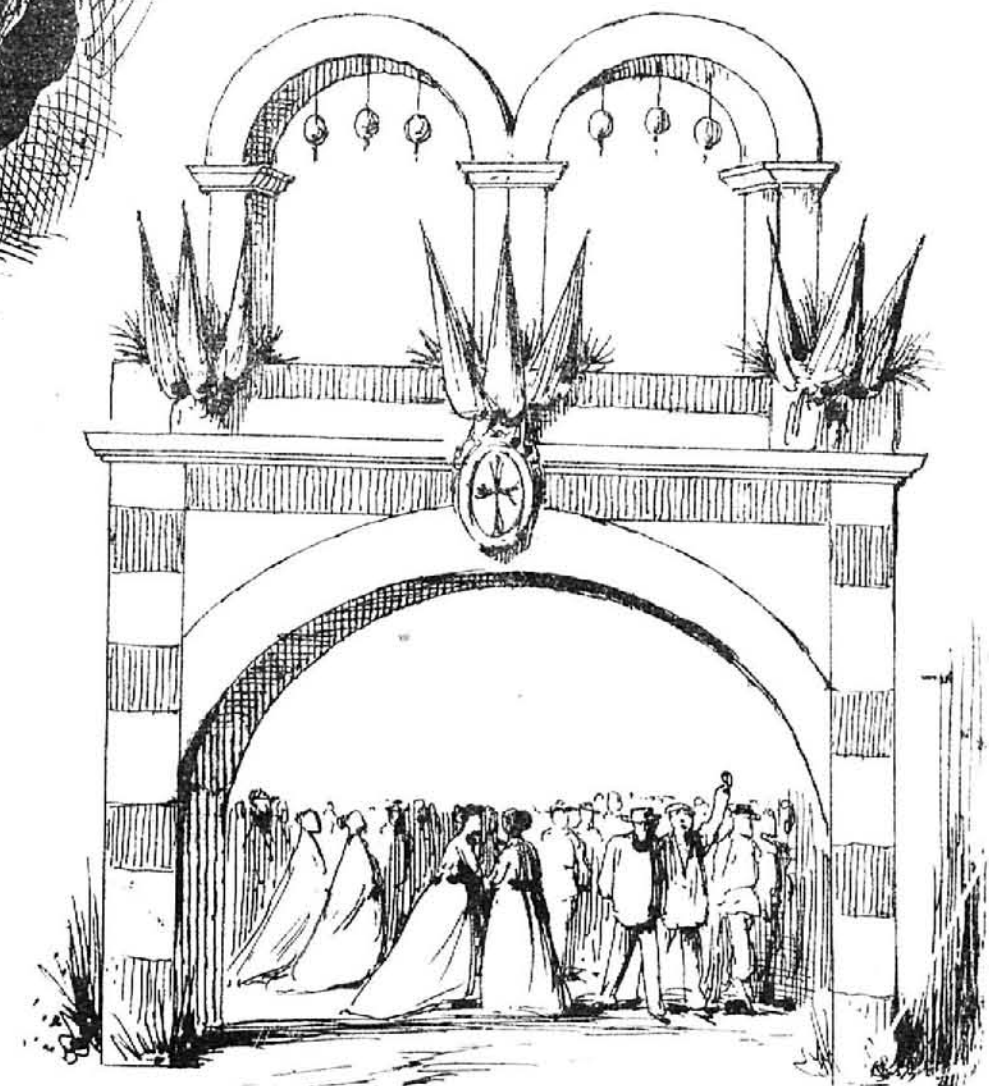
La compañía de cazadores de Guanabacoa.
Quins minyons, votua Deu!



FIESTAS
NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA,
EN MATANZAS.



Primer arco de la calle de Oña.



Segundo arco de la calle de Oña.

ALGO QUE PICA.

Lectoras de mi vida; alguna de vosotras tiene eso que llaman sarpullido? Porque, francamente, si no lo tiene, no sabe lo que es bueno. Y si lo tiene, y sabe lo que es gloria, que me haga el favor de decirme cómo se las arregla para rascarse la espalda cuando el sarpullido dice: aquí estoy yo.

Juro por la laguna Estigia; juramento que en un tiempo hacia conmover las puertas del infierno, que de todas las picazones y desazones que he tenido desde que hice mi *debut* en este valle de lágrimas, que sea dicho de paso, y sin ofender á nadie, han sido bastantes, la que me desazona mas, y me pica con mas picardía es la del sarpullido. Y digo picardía, porque lo es; y grande, el picarle á uno en la espalda, valiéndose de la ocasión de que allí no alcanza á rascarse.

Cuando pica por delante menos mal, porque pica al alcance de las manos, y los brazos dan de sí lo bastante para poder llegar hasta la parte que pica; pero cuando es por detrás..... Válgame Santa Rita, abogada de imposibles..... ¡Cuántos trabajos se pasan; cuántas rabieta se toman, y cuántos vaivenes se dan! De acá para allá, de allá para acá; aquí me rasco, allí me pego, contra aquella pared me restrego, y contra una silla me estrujo... y siempre dado al demonio, y el sarpullido pica que pica. ¡Ay! que delicia si yo pudiera trasmitirla á las mamás que me estorban, ó á alguna tia cuando me hace mal tercio! Para unas y otras solamente debia ser el invento del sarpullido.

En este momento, á cada renglon que escribo, tengo que soltar la pluma veinte veces y llevarme las manos á la espalda; pero ¡qué! si no alcanzo.....

Y no armo yo mala danza,
Ni me hace mucho rabiár
Cuando me empieza á picar,
Donde el brazo no me alcanza.
Lo que habrá de atormentarme,
Con facilidad se explica,
Cuando me pica y me pica
Donde no puedo rascarme.

La otra noche por querer rascarme la espalda, y no alcanzar á poner las manos donde ya tenia puestos los cinco sentidos, di tantas vueltas en la cama y tal barahunda armé, que fuí rodando hasta el suelo; caí sobre un pobre gato que dormía en la alfombra, y lo medio estrujé; pero no tanto que le impidiera el hacer lo que hacen las novias cuando se elevan á la categoría de esposas, es decir que sacó las uñas; y no contento con sacarlas hizo de ellas el peor uso que podía haber hecho, que fué clavármelas en medio de la espalda donde está el maldito sarpullido causante de aquella marimorena. A la picazon del sarpullido se unió el escozor de los arañazos. Dando vueltas por el suelo, con el gato agarrado á la espalda, y sin poderme librar de él, lanzo, no un grito, sino un ahullido triste y lastimero. Mi patrona se alborota, y sin tratar de inquirir las causas de aquel ahullido, ni el autor de él, escandaliza la casa y la vecindad pidiendo socorro. La vecina de enfrente, que se llama doña Socor-

ro, cree que la llaman á ella y se asoma al balcón y pregunta que para qué la quieren. Mi patrona sigue gritando, sin hacer caso de las interpelaciones de la vecina. Otra vecina de al lado, que cree comprender de qué se trata, saca á relucir su voz gritando ¡ladrones! El barrendero que está en la calle, dá voces de ¡ataja! y los serenos tocan el pito corriendo de acá para allá, sin atajar á nadie pero atajándose ellos entre sí. Yo en tanto, queriendo contener aquel tumulto y pedir auxilio contra el maldito gato, que me clavaba las uñas cada vez mas, salgo de mi cuarto y me lanzo á correr por la galería, en traje que nada tiene de presentable, y al querer acercarme al balcón, donde sigue gritando mi patrona con la vecina de enfrente, tropiezo con una vieja en ropas algo transparentes, que lleva una luz en la mano, la vieja lanza un grito que mas bien parece un gruñido, la luz se apaga, el gato salta de mi espalda al pecho de la vieja, le rasga el blanco *vendal* que púdicamente lo cubre, y á la claridad de la luna quedan al descubierto las que pudieran muy bien haber sido bellezas allá en los tiempos en que Dálila le cortó los cabellos á Sanson valiéndose del amor, que es lo que las mujeres ponen en juego cuando tratan de hacer alguna superchería. Del pecho de la vieja, se encarama el gato á su cabeza, se le enredan las uñas en la peluca, y tenemos en campaña otra luna que quiere eclipsar á la que nos alumbraba en tal desconcierto. La vieja se abalanza á mí, hecha una furia, me empuja, yo empujo á la vieja, el gato se agarra de los dos, y hechos un lío los tres, dando traspieses para acá y trompicones para allá, rodamos las escaleras y vamos á tropezar contra los serenos que la suben de prisa, creyendo que los moradores de la casa son locos de atar, ó que se acerca la hora del juicio final.....

Tableau completo. La vieja se levanta magullada y tratando de ocultar sus pasados encantos me llena de improperios y dice que soy un vil seductor, que he ofendido su pudor y que he atentado á su honestidad con otras mil zarandajas por el estilo, y para completar la función pide una reparación á su honor ultrajado.

Era lo único que me faltaba; aquella vieja con sus exigencias y su pudor era mil veces mas temible que el sarpullido y el gato, que los arañazos y la caída; era la mayor calamidad que pudo haberme deparado mi adversa suerte. Por muchos que sean los desmanes y desaciertos que yo haya cometido en este mundo, suficientemente pagados están con el torbellino que se me echó encima.

Por fin, los serenos pudieron conjurar la tormenta que se desencadenaba sobre esta pobre víctima del sarpullido, origen de todas las calamidades que para mí llovieron en la tal noche; y yo comprendiendo lo falso de mi posición, y deseando poner término á una situación tan ridícula á la par que violenta, me retiré á mi cuarto, libre de la vieja y del gato, pero no de los arañazos ni del sarpullido que todavía me atormenta.

¡Oh noche calamitosa, si las hay! ¡Oh, in-

fame sarpullido, que has sido causa de tantos desastres! ¡Qué noche, carísimas lectoras! ¡qué noche! Al mas pintado se la doy.

Pero no hay que achacar toda la culpa al sarpullido; pues no la tiene nó. Si yo hubiera podido mover los brazos como las aspas de un molino, y hacer con ellos por detrás los mismos oficios que hago por delante, me habria rascado la espalda á las mil maravillas y no tuviera lugar la gran catástrofe que dejó referida, y que me ha colocado en una situación vergonzante para con la vecindad, dejando huellas que sabe Dios cuando desaparecerán.

Mi patrona ha reñido con la vecina doña Socorro, porque esta dice que fué un escándalo pedir socorro de aquella manera, estando ella enfrente y llamándose Socorro; porque aquellos gritos tan desaforados habrán hecho creer á los demas vecinos, y aun al barrendero y los serenos, que ella es una cualquiera y una mujer que anda en jaranas y en chicleos por el balcón; y de todo esto me echaba á mí la culpa la patrona. Los demas vecinos dicen que tales escándalos no se pueden sufrir porque todos padecen, puesto que nadie está obligado á saber en qué casa lo hubo, ni quien fué el causante, que casi todas las vecinas tienen hijas, y que de ese modo se compromete su reputación, y ya no les saldrán novios, y se quedarán para vestir imágenes y ellas no han nacido para monjas. ¡Jesucristo y qué barahunda se ha armado! ¡cuántos enredos y cuántos chismes tan solo por no poderme rascar la espalda! ¡Maldito sarpullido y malditos brazos que no me llegan atrás!

Y lo peor del cuento es que yo ando en boca de todos, todos hablan de mí, y todos cuchichean y me miran de reojo, porque todos creen que mi salida del cuarto fué para buscar á la vieja y admirar sus gracias de otros tiempos, sin calcular los malditos, que yo soy muy amante y muy inclinado á las bellezas *presentes*, y hasta seré capaz de volverme loco por las *futuras*, pero jamás por las *pasadas*.

Siempre me detengo á admirar los encantos presentes cuando topo con ellos al paso, pero los encantos pasados, me hacen apretar el paso mas de lo regular, y dejarles lugar para que pasen.

Estos caprichos formados,
Sin poderlo remediar,
Me dan buenos resultados,
Que los encantos pasados
Los dejo siempre pasar.

El compromiso en que me encuentro es mas grave de lo que á primera vista parece. Los vecinos todos, y sobre todo, las vecinas, con su lengua de escorpion, no me dejan lado por donde no me piquen, y la vieja dice que esto no ha de quedar así; yo no sé como querrá ella que quede, pero lo cierto es que no he quedado muy bien parado que digamos.

Me sigue el sarpullido, me continúan doliendo los arañazos; con que echen ustedes, sobre todo esto á la vieja, que es un sinapismo, y es como si dijéramos, que me plantan

un sinapismo sobre el sarpullido y los arañazos. No hay duda que estoy divertido.

Veremos en que vienen á parar estas misas: por ahora me hago el sueco y dejo que siga la danza, pero la cuestion es que danzo en ella á mi pesar, y que soy el protagonista de la funcion. Ello dirá.

Y la vieja no me deja,
Pero jura á fé de Antonio,
Que san Iñazar una queja
Cargaré con el demonio
Primero que con la vieja.
Que aunque he sido desgraciado
Con amores diferentes,
No me encuentro escarmentado...
Vengan encantos presentes
Pero ninguno pasado.

CIDE HAMETE BENENGELI.

LA BELLEZA Y LA GRACIA.

Los años, los dolores, las tempestades de la vida, marcan la hermosura, y hasta destruyen sus últimos rasgos: la gracia que nace del sentimiento de lo bello, del deseo de agrandar, y casi siempre de una inteligencia superior, la gracia sola es inmortal.

(ANÓNIMO)

I.

No es la belleza solo la que adorna, vosotros los que pretendéis que sois héroes en el amor; os hacemos la justicia de creer, que si pasais por delante del cuadro de las Tres Gracias, ó de la estatua de Venus, les concederéis una mirada de admiracion y nada mas. Acaso podreis apasionaros con el entendimiento de una obra del arte, y pasar largas horas extasiados ante una de esas dos bellas creaciones, porque el arte tiene grandes é indefinibles atracciones; pero esa apasionada admiracion, os la inspira lo mismo *Los Niños coronados de flores del Dominiquino*, *El Caballero de Malta en oracion*, de *Hobbema* y *La Jovenita* anónimo, que cada dia encadena á sus pies durante algunas horas á muchas grandes inteligencias en el Museo del Louvre.

No: la mujer que subyuga con un sentimiento fuerte y profundo, es á no dudarlo, algo mas que bella; es preciso que tenga el supremo é incomparable encanto de la gracia inteligente.

No hay duda que la belleza admira á primera vista: pero solo la gracia atrae y cautiva con una fuerza irresistible.

Se ven hombres casados que poseen una mujer muy hermosa, y que, sin embargo, se apasionan verdadera y profundamente de otra, tan poco favorecida por la naturaleza que, á primera vista, no se comprende cómo puede preferirla, pero si una persona inteligente trata con intimidad á la esposa y á la amada, pronto comprenderá la causa de que así suceda.

El libertinaje, que es vulgar como todo lo malo, atribuye aquella *sin razon*, muy general en la sociedad, á una bien pobre causa: afirma que la posesion apaga el cariño, y que la mujer propia, en el hecho de serlo, ya no puede ser amada, á lo menos, por largo tiempo.

Parécenos esto un grosero error: tanto valiera que el que ha admirado un soberbio lienzo de Rubens, en tanto que estaba de venta ó que le poseia un vecino suyo, lo arrojase á la calle á los dos dias de haber conseguido comprarlo.

Solo en un caso pudiera comprenderse que lo hiciera: si el cuadro, desde el instante de estar en su poder, empezase á perder su brillante colorido, si se borrasen de él las lineas del genio sublime que lo habia pro-

ducido y se convirtiese en un lienzo vulgar, se comprende que el poseedor se llamase engañado, se irritase y se olvidase de él.

No es, pues, la posesion lo que apaga el amor que inspiran las mujeres hermosas; es que si no hay mas que hermosura, la vista se acostumbra á ella, y no hallándose alimentada el alma, no hay amor que dure y que resista al cansancio.

Además, las mujeres, son casi todas graciosas, ántes de hallar un esposo; pero hallado ya, pudiera creerse que su gracia era un anzuelo y que, conseguida la pesca, lo han arrojado como cosa incómoda y ya inútil.

Desde la hermosa Esther, reina de los judíos, que llegó desde la esclavitud al trono, hasta nuestros dias, la mujer que quiere, y sabe conseguirlo, es siempre adorable y adorada.

II.

Mujeres hemos visto que equivocan la gracia con el gracejo, y que solo creian poseerlo usando de maneras desahogadas y de palabras libres.

Esa no es la gracia: ó á lo menos, no es la gracia tal como nosotros la entendemos y como se admira en la buena y culta sociedad.

La gracia, es la reunion encantadora del candor púdico, de la decencia irrepachable, del culto natural que se manifiesta bajo un lenguaje dulce y cortés, de la benevolencia, de la elegancia natural y perfecta y de las maneras distinguidas: la gracia, cuando verdaderamente la posee una mujer, transpira en todo lo que hace, en todo lo que toca y hasta en todo lo que se le aproxima.

Una mujer dominante y de carácter duro é irascible, no tendrá jamás gracia: por eso las virtudes rígidas, severas y perfectas, en una palabra, tienen siempre muchos menos adeptos que las amables debilidades de algunas mujeres: nos parece que la mujer debe estar siempre envuelta en una delicada nube, que es la mitad decoro y la mitad coquetería, y que la gracia debe flotar en la atmósfera que respira como un perfume impalpable.

La mujer es amable cuando llora, cuando rie, cuando padece, si es que quiere serlo: siempre que se descubre en ella la gracia y la suavidad, y que sus impresiones demuestran un alma noble y un buen corazon, puede estar segura de su imperio.

No es la gracia patrimonio solo de la juventud, y tambien le lleva esta gran ventaja á la belleza. Dos excelentes escritores franceses han demostrado que la mujer en su edad madura, y aun en su ancianidad, puede poseer una gracia suprema. Mme. de Aubray, adorable creacion de Dumas (hijo) es una prueba de este aserto, y Octavio Feuillet ha presentado otra no menos convincente en su precioso proverbio titulado: *La Partida de Damas*.

Las mujeres que mas adoradas han sido no han estado dotadas de gran belleza: ninguna de ellas pertenece á la tribu divina de que nos habla Balzac en *La Cousine Bette*.

Cleopatra, Mme. de Pompadour, Enriqueta de Inglaterra, Maria Antonieta de Francia, Isabel de Aragon, La Duquesa de Borjoña, La Hija del Regente, Gabriela de Estreés, y Agripina la Grande, no eran mas que mujeres agradables: pero todas estaban dotadas de elevada inteligencia y de la gracia infinita que de ella nace, cuando á aquel don del cielo va unido un carácter sensible y el sentimiento de lo bello que revela una alma de artista.

Indudablemente lo que comunica al trato mas gracia y mas encanto, es una buena educacion: la groseria y la vulgaridad son insuportables: separad de la familia el deli-

cado velo del decoro y solo quedarán las sinuosidades del carácter, la prosa, es decir, lo odioso de la vida; desnudada al amor de las atenciones, de las delicadezas; desposeída de una educacion perfecta y distinguida, y el amor morirá ahogado tambien por el materialismo, como muere una bella rosa que ha nacido en un zarzal, sofocada por las punzantes ramas, que no permiten llegar hasta ella las brisas y el sol.

III.

Puede asegurarse que la gracia en la mujer es producto de un bello y dulce carácter, ó á lo menos del talento de saber fingir.

El arte de decir á cada uno aquello que pueda serle mas agradable, de complacer en la mesa á todos y á cada uno; de hacer con talento los honores de un salon, de sostener viva y agradable la conversacion; de vestirse bien y segun conviene para cada hora del dia; de hablar con dulzura, de sonreirse á tiempo y sobre todo, de dar á cada uno en sociedad el lugar que le corresponde, es lo que constituye todo lo que hay de *explicable*, por decirlo así, en la gracia; pero hay otros mil detalles que se pueden definir y que son los que constituyen ese encanto de algunas mujeres, tan poderoso como irresistible.

Yo deseo á mi sexo mas que *belleza, gracia*, pues en esta y no en aquella estriba su imperio: aquella puede compararse á una dalia, que solo cautiva los ojos: esta, á una rosa perfumada que satura de un precioso aroma el sitio donde reside.

M. DEL P. SINUES DE MARCO.

FIESTAS DE MATANZAS.

El tiempo que ha transcurrido y las minuciosas descripciones que los diarios han dado de esas magnificas fiestas, quitan todo el interés á lo que como simples narradores pudiéramos decir nosotros, máxime no habiendo podido concurrir á ellas por el estado de nuestra salud, como á su tiempo tuvo la bondad de anunciarlo nuestro estimado colega *La Aurora del Yumuri*.

Pero, además, suponiendo que hubiéramos llevado nuestras personas á donde hemos llevado el pensamiento, ¿qué podríamos decir nosotros que no diga con mas verdad y gracia el lápiz de Landucci, en ese magistral cuadro de costumbres que hoy publicamos en la parte ilustrada de nuestro periódico?

Recomendamos ese bellissimo trabajo á los apreciadores del talento artístico, y nos limitamos á consignar un hecho que pudiera servir de provechosa leccion á todos nuestros enemigos, si estos fuesen capaces de aprovecharla. Ese hecho es que en Matanzas, durante dos dias, se han reunido millares de forasteros, de diferentes puntos de la Isla, á tomar parte en las fiestas consagradas á la Virgen de Covadonga, y que todos esos millares de personas han concurrido, así á las ceremonias religiosas como á los recreos del baile y de los juegos permitidos, sin ocasionarse un disgusto, á pesar del contratiempo de la lluvia, que en ámbos dias cayó á torrentes, y de las dificultades del alojamiento, que son consiguientes en tales casos. Así sabe conducirse en las expansiones de su patriótica alegría el elemento español de Cuba, que es el de la inmensa mayoría de sus habitantes, insulares ó peninsulares, cristianos ó moros (que moros somos los que esto escribimos, y bien se vé que estamos á partir un piñon con los cristianos descendientes de los que tan rudos golpes sacudieron á los árabes nuestros antepasados), mientras nuestros comunes enemigos muestran allá en tierras extrañas ser pocos y mal avenidos.

Así esos infieles de hoy nos traen á la memoria el dicho de aquel viejo oficial sarraceno que, dirigiéndose al rey vencedor D. Fernando IV, le dijo: «Señor; vuestro bisabuelo D. Fernando el Santo me arrojó de Sevilla; vuestro abuelo

D. Alfonso me echó de Jerez; vuestro padre D. Sancho me lanzó de Tarifa, y vos me privais de mi último asilo. ¿Dónde, pues, podré vivir en adelante? Porque los laborantes de hoy podrán decir á los buenos españoles de Cuba: «Señores; vuestros voluntarios nos lanzaron de las azoteas, desde donde solíamos hacerles fuego á mansalva; vuestros soldados nos arrojaron de las *maniguas*, donde pensábamos librarnos de sus bayonetas; vuestros periodistas nos van lanzando de la Península, donde conspirábamos en grande y nos van desenmascarando en todas partes, de modo que todo el mundo civilizado nos rechaza. ¿Dónde hallaremos algún abrigo?»

Y los buenos españoles podrán contestar á los laborantes, lo que el rey D. Fernando IV hubiera debido contestar al indicado oficial sarraceno. «El Africa es el refugio natural de los infieles.» Hé aquí una de las reflexiones que hemos hecho al ver la armonía que entre nosotros reina y que tan bien se ha probado en las últimas fiestas de la ciudad de los dos ríos.

AMURATES.

DECIMAS

que se recitaron en la noche en que se obsequió con una serenata al Sr. Coronel del 5.º Batallón de Voluntarios de esta ciudad. (1)

Salve, Coronel del Quinto,
Español de nobles fibras,
Que al bien de la patria libras
La reflexion y el instinto.
En el fatal laberinto
Que nuestros campos asola,
Tu diestra el pendon tremola.
Y afianzas con firme brazo
El inquebrantable lazo
De la familia española.
Enarbolas el pendon
Que el bien en sus pliegues lleva,
Y el pueblo á tu nombre eleva
Altos de bendicion.
El dardo de la traicion
Rebota siempre en tu pecho.
Y luchando, á su despecho,
Anhelas, fiel á tu historia,
Sostener firme en su gloria
El pedestal del derecho.
Nosotros tambien unidos
En torno á la patria bella.
Afrontaremos por ella
Los hados enfurecidos;
Y no tememos vencidos
Hundir la frente en el cieno.
Porque cada hirviente seno
Es, con la fé que le inspira,
Lo que el dragon de la ira
Sobre las alas del trueno.
Jamás en nuestro camino
Doblegaremos la frente,
Aunque rebrame estridente
El huracan del destino.
El rugir del torbellino
Nos infunde decision,
Porque todos en union
Damos de hermandad ejemplo
Reconsolidando el templo
De la civilizacion.
Levantando, con asombro
Del destino encapotado,
En cada yermo un poblado.
Y un asilo en cada escombros;
Sosteniendo en cada hombro
Con la fé que el pecho encierra,
El carro donde la tierra
Muestra al mundo amedrentado,
Que cada español soldado
Es un baluarte de guerra.
Y no haya miedo que el rayo
De la enemiga venganza,
Llegue á herir nuestra esperanza
Ni á hundirla en torpe desmayo.
¡Ante el pendon de Pelayo
Ningun pendon se enarbola!
Y es que Cuba quiere sola
Mecer alegre su encanto,
Bajo el espléndido manto
De la unidad española.
¿Y qué hemos hecho los buenos
Para que Cuba no sea
La encantadora presa
De los españoles senos?
¿No nos consagramos, llenos
De santo afán, al trabajo?
¿No fué España quien la trajo
Para bien de sus hogares,
Las perlas del Manzanares
Y las espigas del Tajo?

España fué la que á influjo
Del vigor, de que está llena,
Hizo surgir de su arena
La prosperidad y el lujo.
Por ella fué que produjo
Cuántas riquezas entraña;
¡Atrás, pues, el que con saña
Pretenda romper osado
El pabellon sonrosado
De las grandezas de España.
UN VOLUNTARIO DE LA 1.ª DEL 5.º

MISCELANEA.

Cien *carlistas*, de los que debían cansarse ya de estar acostados, *se levantaron* últimamente en la Península y fueron aprehendidos en Ateo, según el telégrafo.

Es claro, ¿qué les habia de suceder en un pueblo que se llama Ateo á unos hombres tan religiosos como los *carlistas*?

El caso es que no conozco ningun lugar de la Península que se llame Ateo; pero aquí del acertijo de la *galga*, que dice:

Tanto como un *galgo* valgo:
Soy su retrato y amigo,
Y si al campo á cazar salgo,
Las liebres mato y persigo.
Y es cierto que no soy *galgo*.

Porque, señores, verdad es que no conozco ningun pueblo que lleve el dicho nombre, y me parece mas difícil de lo que parece á primera vista el prender á cien hombres en un lugar que no existe; pero, francamente,

Si allá no hay, como lo creo,
Pueblo que se llame Ateo,
Supuesto que hay una aldea
Que lleva el nombre de Atea,
Mas clara la cosa veo.

Debo decir ahora que Atea es lugar y no aldea; pero que yo la he llamado aldea, siendo lugar, porque tiene poco vecindario, y sobre todo, por aquello de

Fuerza del consonante á lo que obligas.
A decir que son blancas las hornigas.

Pero sea lo que fuere Atea, chócame mucho que á una poblacion de ese nombre se dirigiesen los *carlistas*, aunque por mucho que esto me admire, nunca me admirará tanto como el saber que una partida de trescientos *carlistas* mandó un propio á Valladolid á pedir raciones; porque creer trescientos hombres que una ciudad como Valladolid, que además de ser capital de provincia, es asiento de Capitanía General, contando, por consiguiente, con fortificaciones, tropas y voluntarios para defenderse contra un ejército aguerrido y numeroso, es una de aquellas cosas que un amigo mío llama *diablurías*, y no *diabluras*, con la misma razon que otro, amigo mío tambien, tiene para llamar *prusos* á los prusianos.

Sin embargo, á este último hay que concederle mas que al otro; puesto que

Si á los que nacen en Rusia
Siempre se les llama *rusos*;
¿Por qué á los hijos de Prusia
No hemos de nombrarlos *prusos*?
Llámesse, sin que esto asombre,
A los de Rusia, *rusianos*.
O bien concédase el nombre
De *prusos* á los prusianos.

Así como así, buen cuidado se les puede dar hoy á los paisanos del conde de Bismark que se les nombre de esta ó de la otra manera, estando á las Puertas de París, en número de 400,000 hombres.

Sin embargo, la república francesa parece que se prepara á resistir heroicamente al ejército invasor y bien puede hacerlo ya, no por la fuerza del millon y ochocientos mil soldados que se propone organizar á toda prisa; no por el auxilio que pudiera recibir de las naciones poderosas que se han apresura-

do á reconocerla, sino por el apoyo que la darán Aldama y Mestre, representantes de la república cubana. ¡Oh! si estos ciudadanos logran alzar el embargo del Florida y pueden enviar al canal de la Mancha una expedicion de doscientos ó trescientos hombres al mando de Quesada, de Ryan, de Jordan, ó aunque sea de Cisneros..... ya pueden ir viendo los *prusos* para que han nacido.

En verdad, lectores, que la república francesa ha tenido un nacimiento muy desgraciado. Ha venido al mundo cuando la nacion perdía su prestigio militar, siendo decretada por una cámara tan deplorable que, despues de adular de un modo repugnante al último César, votó unánimemente la caducidad del Imperio, cosa que nos explicamos bien los que conocemos á los partidarios del cesarismo, y en fin, para completar la desdicha de la república naciente, que no se habia metido con los junteros de Nueva-York, dicha república acaba de verse felicitada por esos traidores que envilecen todo lo que aplauden, como ensalzan todo lo que deprimen y manchan todo lo que tocan.

¡Moros en la costa! se gritaba desde las atalayas de las costas del Mediterráneo, cuando los moros se daban á las piraterías, y ese grito era aterrador en aquel tiempo. Ya no se grita eso, como que hay moros que en el día se distinguen por el vigor con que combaten á los piratas, y hasta por su amor á la ciencia. Precisamente acaba de averiguar un hijo de Mahoma que los habitantes de aquellas ciudades de Palestina que fueron devoradas por el fuego del cielo, unian á los vicios que se han hecho proverbiales, los de la ingratitud y la estafa, lo cual prueba que los tales moros se dedican hoy á cosas útiles, y que ya nadie debe asustarse de verlos en la costa, ni en tierra adentro.

Dicen que Napoleon III no puede dar crédito á lo que pasa, y eso es claro. Cuando él fué á Saarbruck, bastante á tiempo para que su hijo cogiese una balita fria que vió por el suelo, pensó que toda la campaña ofrecería una serie de diversiones tan fáciles como aquella, y ha debido quedar asombrado al ver que los lances de la guerra eran mas serios de lo que él imaginaba.

Los laborantes al saber que los *prusos* habian tomado á Sedan, creyeron que á quien habian tomado los *prusos* era á Sedano, y dijeron: ¡estamos perdidos! De ahí su contento al saber que Sedano continuaba sin novedad en la Península, es decir, á respetable distancia de los *prusos*.

Pero hablemos de cosas agradables, y bien lo es el poder anunciar que las dignas Sras. que componen la Comisión de Beneficencia Domiciliaria de la Habana, han conseguido del Excmo. Sr. Capitan General el permiso para abrir un Bazar, que ha de proporcionar recursos á los pobres, acreedores siempre á la proteccion de las almas generosas. Patrocinarán ese bazar, el mismo Excmo. Sr. Gobernador Superior Político y su noble esposa, y los que quieran cooperar á tan laudable propósito dando algun objeto, podrán dirigirlo á las aludidas señoras de la Comisión, que son: «La Excmo. Sra. D^a Luisa Fernandez de Caballero de Rodas, Palacio de la Capitanía General.—Sra. D^a Concepcion de la Luz de Cárdenas, Cerro-Tulipán.—Sra. D^a Belen Gonzalez de Demestre, San Ignacio 16, y Sra. D^a Carolina Torralbas de Cuesta, Jesus María 6.

(1) El autor no ha podido recordar todas las décimas que tuvo el gusto de recitar en la serenata.